



LAS CUATRO TORRES LEANDRO PÉREZ

Leandro Pérez



Las Cuatro Torres

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal) Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Leandro Pérez, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: septiembre de 2014

Depósito legal: B. 15.461-2014

ISBN: 978-84-08-13145-8

Preimpresión: Víctor Iguar, S. L.

Impresión: Artes Gráficas Huertas, S. A.

Printed in Spain-Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

I

PRIMER TIEMPO

LOS MARES DE MADRID

Opaco al brillo de las estrellas, Juan Torca regresó del mar de Aral con el alma marchita y el cuerpo magullado. Desembarcó en Madrid, en un hotelucho de Gran Vía.

Resucitó lentamente. Los días y las noches, las horas y las semanas pasaban despacio. Sin sueños, y con insomnio. Sin futuro. Pero una mañana de primavera, cuando todavía se lamía las heridas, sacó fuerzas para comprar un ordenador, ropa y calzado en unos grandes almacenes de Preciados; otro día, antes de pasar media hora con su hijo en una cafetería, lo afeitaron y cortaron el pelo en una peluquería centenaria. A partir de entonces, los viernes por la tarde cruzaba cuatro palabras con el barbero y, al volver, se abastecía de periódicos en un quiosco. A veces compraba novelas y series en Callao. Mataba el tiempo leyendo o navegando en la habitación. Fumaba un par de puritos en la azotea. También bajaba al agobiante gimnasio del hotel para trotar sobre una cinta. Durante dos o tres meses apenas pisó las calles de Madrid.

Un día la máquina de correr se rompió. A la mañana siguiente, antes de que los turistas y los currantes coparan la calle, corrió por la Gran Vía, dejó atrás la Cibeles y

la Puerta de Alcalá y entró en el Retiro. No, no se detuvo al recordar que había paseado por ese parque con Nadia, siguió corriendo. El día siguiente repitió la ruta, y ya no dejó de correr al aire libre.

Paso a paso, trote a trote, el insomnio se diluyó. Los horarios del hotel fueron mitigando sus sempiternos problemas de sueño.

Durante lustros, su vida familiar y profesional apenas varió: orden y caos. Pero ahora, con cincuenta y un años, con mucho tiempo tal vez por delante, estaba solo. Sin amigos. Sin trabajo. Viudo. En cierto sentido, doblemente viudo, sin Raquel, la mujer con la que había compartido media vida, y sin Nadia.

Llegó el verano. No lamentaba que su hijo Rodrigo pasara de él. Nunca habían llegado a congeniar. Desde que el chaval dejara el nido por la academia de Policía apenas se habían visto. Aunque ahora coincidían en Madrid, la situación no tenía visos de cambiar. Durante un insulso café, Juan le contó que debía emprender un viaje de trabajo. Como tantas otras veces, le mintió a medias: viajó, pero como un jubilado. Podríamos decir que embarcándose en una travesía por el Mediterráneo trató de escapar del peso del pasado y de la agobiante carga de una anodina sucesión de días sin sentido. Tal vez porque el supuestamente divertido crucero le pareció aburridísimo, allí Juan Torca comenzó a animarse. Corrió sobre otra máquina, jugó al mus con unos abuelos y charló agradablemente con un par de matrimonios en las visitas turísticas por las ciudades donde atracaba el barco. Una noche en la que celebraron una presunta cena de gala, bailó, bebió y se tiró a una divorciada que al día siguiente no le devolvió la mirada.

Regresó a Madrid. El hotel tenía tanto de refugio como de cárcel. Al tercer día decidió hacer algo con su puñetera vida.

Descartó volver a Burgos. Demasiados recuerdos. Multitud de rostros semidesconocidos que ignoraban cómo se había ganado la vida ni qué bullía en su mente. Julia, la fiel asistenta, recibía todos los meses un pago por quitar el polvo y regar las plantas una tarde a la semana. La casa seguiría viva, pero Burgos por ahora no, más tarde, más viejo, quién sabe. Y en Bilbao nada lo ataba, aunque había negociado una excedencia temporal, intuía que iba a ser definitiva, nunca regresaría a EuCorp. Echaría de menos las comilonas y las sobremesas con los amigos de la sociedad gastronómica, y poco más. Barajó cambiar de aires, probar suerte en Londres, Berlín o Barcelona, puertos donde había recalado a menudo, o comenzar una vida nueva en cualquier ciudad perdida, limpia. Aunque tampoco caviló en exceso. Una mañana mientras corría por el Retiro, se vio trotando por Central Park, entre los rascacielos y el vacío de las Torres Gemelas. Se vio más solo, todavía más lejos de su hijo y del camino truncado, y dejó de soñar. Aquí me quedo, se dijo.

Ese mismo día, por la tarde, entró con paso decidido en una inmobiliaria. Con lo que se dejaba en el hotel le sobraba para alquilar un apartamento confortable y céntrico, pero una pelirroja entrada en carnes y descarada lo sometió a un metódico interrogatorio que lo sumió en un mar de dudas. No le apetecía pagar una fianza, firmar un contrato de alquiler, comprometerse a

ocupar una vivienda durante un tiempo determinado. La mujer consiguió sacarle el número del móvil y le obligó a ver un vídeo que mostraba, la verdad, un apartamento que encajaba con lo que buscaba, pero salió de allí con ganas de volver al hotel donde tan bien le habían acogido.

Era un tres estrellas decrepito, con una plantilla envejecida, salvo las chicas de recepción. El personal, quizá porque añoraba los tiempos en que acogían a huéspedes permanentes en vez de a turistas maleducados, viajeros resabiados y puteros huidizos, trataba a Juan con una mezcla de cordialidad y deferencia que, años más tarde, llegaría a añorar. Le habían calado pronto: nada de preguntas personales ni alusiones profesionales, conversaban con él sobre el tiempo, sus correrías, los deportes y la crisis, y santas pascuas.

El primer cambio, así pues, fue no cambiar. O cambiar un poco, ya que decidió romper algunos de los barrotes de la jaula. Pasó de pensión completa a sólo alojamiento y cena, tras un breve regateo con Jacinto, el encargado y la persona con la que más palabras cruzaba aquellos días, lo más parecido a un amigo. Algunas noches veía partidos de fútbol con otros empleados y algún cliente despistado.

Tras un par de intentos fallidos, encontró una cafetería adecuada para desayunar. Después de la carrera, los estiramientos y la ducha, bajaba a un pasaje cercano a Gran Vía. A la tercera o cuarta mañana, Teodoro, el camarero, un veinteañero canijo y chistoso, le daba los buenos días y le servía sin preguntar un zumo, un café con leche en vaso y un panecillo con sal y aceite. Para las comidas de entresemana acertó a la primera: menú del

día en una taberna de Hortaleza. Iba antes de las dos y pronto le reservaron una mesa esquinera donde leía sin que apenas lo molestaran. Le gustaban los potajes, los guisos, los platos caseros. Los sábados y domingos cambiaba de rutina. Callejeaba por barrios como Chamberí, Argüelles o Moncloa hasta que encontraba un bar de tapas o un restaurante de barrio, sin pretensiones ni memeces.

Cuatro o cinco semanas después, subió otro peldaño. Se compró una tableta y, al sincronizar los contactos entre el teléfono, el ordenador y el nuevo cacharro, echó un ojo a la agenda.

Tenía un porrón de contactos desfasados. No le apetecía llamar a amigos del otro siglo, ni a familiares remotos ni a conocidos de la empresa. Si lo hubiera meditado, no habría marcado el número de Javier Marsé. Un compadre. Lo más parecido a un hermano, el siglo pasado. Llevaba sin verlo tres años. La última vez habían coincidido en un funeral en Bilbao. Por lo poco que le había dado a entender, husmeaba para una compañía de seguros y cuando fondeaba en España, vivía en la capital.

Ahora, repeinado y fondón, dirigía el departamento de seguridad de Madrid Seas, un grupo empresarial «con más ramas que un castaño», según Marsé. Su despacho debía de estar en cualquiera de los cuatro rasca-cielos que pretenden dominar las vistas del norte de la ciudad, porque le citó en una de las Cuatro Torres, en un hotel tan lujoso como gélido. Encorbatado, parecía un ejecutivo. Se había quitado la cicatriz del mentón, *souvenir* guineano. Estaba aposentado en una esquina

desde donde podía abarcar con la mirada todo el recinto. Lo acompañaba una mujer. Blusa blanca. Rubia, espalda erguida, cuello desnudo. En cuanto lo divisó, Marsé cerró un portátil. Se incorporó y, sin mediar palabra con ella, cruzó con pasos ágiles la cafetería para abrazarlo. A sus anchas, se dirigió hacia la barra exterior, alejándose de ella. La mujer no se giró, ¿sería hermosa?, siguió a lo suyo, pendiente de otro ordenador, de espaldas al reencuentro de los viejos amigos.

—¿Quieres? —le preguntó mientras sacaba un paquete de tabaco.

—Lo estoy dejando. Pero trae uno —respondió Torca.

Era una mañana desapacible. Otro fumador, un hombretón con la nariz rota que charlaba con un tipo rapado y con gafas de sol, tal vez intercambió una mirada con Marsé. En uno de los rincones había una zona con mesas altas y taburetes metálicos. Marsé se sentó, dejó el portátil en la mesa y sacó el Zippo.

—Si un día te veo con otro mechero... —dijo Torca.

—Peligro, ¡lárgate cagando leches!

Se rieron, muy lejos del hotel, de Europa, del siglo XXI.

—Qué putas las pasamos en Medellín, ¿te acuerdas, Juanito?

Los recuerdos de Marsé y Torca no casaban con ese hotel ni con esas horas. En un garito podrían haber estado bebiendo hasta el amanecer, echando la vista atrás. Entre caladas y sorbos de café, conciso, Juan le habló del trabajo de Rodrigo, del accidente de Raquel, de la excesividad y de las rutinas frías en el hotel. Como no mencionó a Nadia ni lo ocurrido en el mar de Aral, quizá Marsé pudo pensar que había enviudado hacía unas semanas.

—¿Y ahora qué?, ¿no vas a volver al tajo?

—Allí no. Quiero vivir aquí, cambiar de aires. Hacer lo que sea. Por eso te he llamado.

Según cogía fondo, improvisaba nuevas rutas. Casi siempre pasaba por el parque. El Retiro le sosegaba. Tiraba hacia abajo, giraba al este y retornaba pegado al estanque. Corría cada vez más tiempo y más rápido. Y suelto, casi relajado. En la máquina del hotel había usado auriculares, pero en la calle no podía estar tan aislado. Prestaba atención a cuanto lo rodeaba, aunque ya no vigilaba a nadie, y aunque no tenía motivos para sentirse perseguido.

Se ponía camisetas, sudaderas y pantalones cortos. Nunca mallas. Cortavientos, sólo los días lluviosos. Dejaba en la habitación el teléfono. Y en la recepción, la tarjeta del cuarto. Pero en el bolsillo trasero nunca olvidaba meter un billete de cincuenta y un cúter. Por si acaso.

Marsé llamó cuatro o cinco días después.

—¿Te pillo bien?

—Claro.

—¿Te apetece ver esta noche al Madrid? Tengo unas entradas cojonudas.

«No me vengas en chándal, yo no llevaré corbata, pero la gente va a los palcos casi como a la ópera», le había dicho Marsé. Al salir del hotel, trajeado, estrenando zapatos y camisa, Nerea, la recepcionista que solía estar de tarde, sonrió algo más que otras veces. Cruzó el semáforo, paró un taxi y subió hacia la Castellana. Antes de que apareciera Marsé por el pub donde habían quedado, Juan

Torca ya había vaciado el primer vodka. Llevaba meses sin beber. Las copas anteriores las había tomado en Moynaq, con Nadia, una noche desgraciada y absurda.

Nadia y su mirada triste. Nadia y su corazón ardiente. Nadia y sus ilusiones rotas. Nadia en un mar de arena y desolación, ante una elección imposible, dejándolo morir en un barco destartado...

—Macho, estás hecho un George Clooney. —Con una palmada en la espalda Marsé le alejó de Uzbekistán, del Aral, y se hizo un hueco en el mostrador. Pidió un whisky y aceptó a regañadientes que Juan pagara las consumiciones.

Salieron del bar. Cruzaron la Castellana. Quedaba algo menos de una hora para que comenzara el partido del Real Madrid contra el Rayo Vallecano. Alrededor del Santiago Bernabéu había autobuses con japoneses, batallones de ultras, padres con críos, cuadrillas de amigos, chavales disfrazados, bocinazos y cánticos. Y policías a caballo.

—¿Te imaginas a tu Rodrigo cabalgando entre estos apaches?

—¿Por qué no? Hay cosas peores.

Accedieron al Santiago Bernabéu por una de las entradas vip de Castellana. En las zonas nobles del Bernabéu apenas había bufandas ni camisetas. Marsé se tomó un respiro en la entrada del museo del Real Madrid.

—Me sabe mal ponerte a prueba, Juan, pero ellos no te conocen. El próximo encargo merecerá más la pena, no te preocupes.

Juan no preguntó quiénes eran ellos. Poco antes del comienzo del partido, en el museo merengue no había hinchas ni turistas, sólo vigilantes y algunos invitados desperdigados. Cruzaron la sala de trofeos y se detuvie-

ron en un espacio donde se rendía homenaje a Alfredo Di Stéfano. Aguardaron de pie.

—Nunca te pagarán tanto por tan poco, ya verás.

Un vídeo resumía la carrera de la Saeta Rubia. Entre fintas y regates, goles y vítores, elogios de Pelé, Beckenbauer, Cruyff y Maradona, refulgían estas envidiables palabras: «De un *hobby* hice una profesión..., tuve una suerte bárbara». Juan Torca sonrió, es un decir, con tristeza: se vio sin *hobbies*, profesión ni suerte.

Un sujeto esmirriado con traje de raya diplomática llegó con parsimonia desde la dirección contraria. Marsé hizo las escuetas presentaciones: Juan Torca, «un viejo amigo, un profesional excelente y discreto»; Camilo Laforet, «el auténtico cerebro» de Madrid Seas.

Camilo tendió la mano, fofa, sin desviar una mirada azul y penetrante, y sacó unos recortes de periódico de la americana.

—Vais al palco, ¿no?

—Sí —respondió Marsé—. También han invitado a unos alemanes, pero...

—¿Eres madridista, Juan? —Laforet cortó en seco a Marsé, marcando territorio.

—Desde niño. Todavía quiero ser como Juanito. —Torca era del Madrid, del Burgos y del Eibar, pero a Laforet no tenía que contarle su vida.

—¿Y te gustaría echar una mano al Real Madrid?

—Claro, cómo no.

—Cuando puedas lee esta basura. —Laforet entregó a Torca los recortes—. A ver qué averiguas. Seguro que sabes que en estos tiempos no sólo se juega con el balón. Hay un partido que nos toca ganar, y te estaría muy agradecido si nos ayudaras a vencer.

Laforet se despidió con un hasta pronto, sin más indicaciones.

De camino al palco, Torca le preguntó a Marsé si Laforet era su jefe. «No, ni de coña, manda mucho, pero es un mandado, como todos», le aclaró Marsé. «Igual te suena, sale en los periódicos a menudo, el consejero delegado de Madrid Seas es Jorge Barriocanales», le aclaró.

Tal vez sin venir a cuento, Marsé le relató una «anécdota acojonante»: el año pasado le habían ordenado despedir ejemplarmente a un directivo que filtraba informes a otra empresa. Eligieron una jornada de entrenamiento ejecutivo. «Una mariconada en el monte, donde en teoría los capos aprenden a afrontar situaciones de riesgo.» Después de agotarlos con perrerías como rapelar por el cañón de un río o navegar por aguas bravas, regresaron al puentecillo que habían tendido a primera hora de la mañana con unos troncos.

—Durante todo el día yo no había dicho ni mu, me había dejado putear como el resto. Los que organizaban todo eran un monitor y unos chicos de mi equipo. Pero pegué un par de gritos y me prestaron atención. Me rodearon. Les conté que íbamos a jugar a algo nuevo: todos menos uno íbamos a cruzar el arroyo. ¿Queréis saber quién se queda en ese lado? El único que no se lo merece, el traidor que hoy no va a cenar con nosotros y que se va a volver a su puta casa a pie, o como pueda. Saqué el móvil. Busqué la lista. Despacio, que para estas cosas nunca hay que tener prisa, fui leyendo uno tras otro los nombres de todos los directivos. Según escuchaban el suyo, tenían que atravesar los troncos corriendo y gritando, descargando la adrenalina, más «libres» que nunca... El capullo no se puso nervioso hasta que no quedaban media docena. Rompió a su-

dar cuando faltaban tres. ¡Aunque el antepenúltimo y la penúltima también estaban cagados, igual los teníamos que haber dejado tirados ahí con él! Mis chicos y yo nos quedamos con el fulano. No le tocamos ni un pelo. Le hicimos firmar un par de papeles, para que desde la otra orilla nadie perdiera detalle, y le dimos una brújula... ¡y un chorizo! Cruzamos. Expliqué a los demás, muy por encima, cómo nos había vendido, y ahí se quedó, más solo que la una, mientras uno de mis chicos desmontaba los troncos.

Subieron al palco. La sala todavía estaba vacía, así que Juan echó una ojeada a los recortes mientras Marsé ponía unas copas.

Ahora que residía en la capital, Juan estaba al tanto de los culebrones madridistas; para gente como los empleados del hotel o los currantes que desayunaban donde Teodoro, no había conversación más socorrida, ni quizá más entretenida, que la futbolera.

Los tres recortes procedían de *Pueblo*. Una hoja la habían recortado del periódico de ese mismo día, otra se había publicado el mes pasado, al comenzar la Liga, y la más antigua había llegado a Internet y los quioscos en mayo, poco antes del final de la temporada anterior. Las tres estaban firmadas por el mismo periodista, Ramón Ribeyro. Su nombre estaba subrayado con tinta roja, aunque en la tercera página más bien lo habían tachado. Con ese mismo color también habían recalcado expresiones como «los jugadores tienen la sensación», «la mayoría de la plantilla sostiene» y «según el vestuario». Con amarillo, en cambio, habían marcado unos nombres bastante conocidos: José Mourinho, Iker Casillas, Sergio Ramos, Marcelo, Pepe, Cristiano Ronaldo, Kaká, Karim Benzema y Florentino Pérez.

—¿Qué te parece? Mejor comentamos luego la jugada, ¿no? —dijo Marsé mientras le pasaba un vodka con tónica.

Una camarera entró en la sala, acompañando a media docena de ejecutivos alemanes y suizos. Y un par de minutos más tarde un jugador del Rayo Vallecano metía un chicharro casi antes de que el árbitro pegara el pitido inicial.

Hubo más goles y más copas, pero Juan se perdió los dos primeros del Madrid. Minutos antes del descanso salieron del palco para echar unas caladas junto a las escaleras. Contemplando la Castellana, Marsé fue directo al grano:

—Tienes que averiguar quién es el topo que está filtrando a Ramón Ribeyro lo que se cuece en el vestuario del Madrid. No tenemos ninguna pista, pero estoy convencido de que tú solito eres capaz de resolver esta mierda sin armar ruido. Para cubrirte las espaldas, les he dicho que en cosa de un mes seguro que has terminado, pero yo diría que dentro de una semana o dos este cuento se ha acabado. De todas maneras, si tardas sólo un día dará igual: cobrarás lo mismo, treinta mil euros. ¿Qué te parece? Piensa que no sólo te pagan por resolverlo, sino por tu silencio. He dado la cara por ti, Juan, sé que no me vas a hacer quedar mal.

Marsé se piró al baño, o a telefonar, o quién sabe si a cuchichear con Laforet, y lo dejó solo en las escaleras. Torca leyó de nuevo los recortes de *Pueblo*. Muy reveladores. Y verosímiles. Luego intentó conectarse con el móvil para leer el perfil wikipédico de Jorge Barriocanales, pero le resultó imposible, en un espacio tan multitudinario como el Bernabéu las conexiones interneteras

eran pésimas. Aunque no conociera al dedillo sus andanzas, claro que conocía a Barriocanales: un figura que había medrado a ladrillazo puro y duro en los ochenta, asiduo de la «bodeguilla» de Moncloa, que en los noventa había disputado varios de los más exclusivos y fructíferos torneos de pádel y que continuaba cortando el bacalao.

En la segunda parte apenas prestó atención al césped, salvo cuando el árbitro señaló dos penaltis en los que Cristiano Ronaldo fulminó al portero. La hinchada disfrutaba, el resto de los invitados al palco bebía, bromaba y zampaba, pero él se puso a elucubrar. ¿Cómo cuadrar el círculo? Es decir, si el chivato era un jugador, ¿se podía «resolver esta mierda sin armar ruido»? Sonrió para sus adentros al ver que un alud de preguntas podía sepultarlo. Mucho antes de plantearse cómo afrontar el trabajo, debía saber por qué y para qué debía trabajar. ¿Le apetecía involucrarse en un tinglado de ese calado? Treinta mil euros no se ganan impunemente en un par de semanas, ni en dos meses. ¿Y quién quería resolver ese embrollo? Eso, ¿quién cojones le estaba contratando? ¿Nada menos que el Real Madrid, el club más célebre del mundo, iba a solicitar los servicios de un tipo como él? Imposible..., a menos que fuera un sub-subcontratado, el último eslabón de una larga cadena de mando. Quizá el presidente o uno de sus directivos había pedido un favor a Barriocanales, o a alguno de sus amigos, y así, entre insinuaciones, confidencias y órdenes, ahora debía comenzar a remar el único marinero de una barca atestada de almirantes, contra maestres, capitanes y suboficiales. Juan Solo, para variar.

Diez minutos antes del pitido final se despidieron de

los alemanes y de la camarera. Rodearon el estadio. Marsé se movía por el Bernabéu con soltura. Cuatro billetes de cincuenta euros cambiaron de manos y se colaron en la sala de prensa. Dentro había más cámaras que periodistas. Sorteando cables y trípodes, se aposentaron en una de las últimas filas. Poco a poco llegaron los periodistas. Marsé desenfundó el índice derecho: «Es ése». Sentado en la segunda fila, Ramón Ribeyro parecía un alumno aplicado, ajeno al barullo. Aunque no daba el tipo de empollón: treintañero, bronceado, brazos musculados. Tanto en la rueda de prensa del entrenador del Rayo como en la de José Mourinho se mantuvo en silencio, atento pero sin anotar nada. Al terminar tampoco recogió una grabadora, se incorporó como el resto de sus colegas y se fue bromeando con un par de ellos, como chavales hacia el recreo.

José Mourinho se desenvolvió bien, para Juan Torca. Más joven y más delgado en persona, flanqueado por botellas de agua mineral y rodeado de anuncios de Audi, Fly Emirates y Bwin, el taciturno y monocorde entrenador del Madrid habló de riesgos y reacciones: «Obviamente, cuando vienes de una semana con resultados negativos el equipo necesita empezar bien, y marcar, y relajar, y jugar tranquilo, y cuando llegas y todavía no has llegado y ya estás perdiendo uno-cero, las cosas son más difíciles. Pero en las dificultades se ve el carácter, en las dificultades se ve a los hombres, y el equipo ha reaccionado».

La velada futbolera terminó bastante más pronto de lo esperado, sin el tercer tiempo putero que se temía

Torca. Mientras salían del Bernabéu detrás del grupo de Ribeyro, Marsé le pidió, por favor, que empezara cuanto antes el rastreo y que el martes le hiciera una primera valoración en las Cuatro Torres. Luego lo dejó fuera de juego: ¡cambiaba pañales! Le esperaban una cena caliente, una esposa, una mocosa, un hogar. Torca, desconcertado, le felicitó y se dejó abrazar. Marsé se fue a pie, como había llegado: vivía en un chalé de El Viso, a cinco minutos.

Poco importó que el taxi fuera un oasis, que un magnífico equipo musical reprodujera una de las suites de Bach para chelo. Los recuerdos que más duelen son los que nunca has vivido. A Juan nada le hubiera crujido por dentro si le hubiera dado por acordarse de los años felices con Raquel y del nacimiento de Rodrigo. Sin embargo, imaginó cómo sería su vida si Nadia acabara de darle un hijo.

Cómo sería su vida con Nadia. En Madrid o en cualquier otro lugar. Con todo el tiempo y las ganas del mundo para empezar una nueva vida.

De vuelta al hotel, aunque Jacinto y alguno más quizá estuvieran de tertulia, viendo el resumen del partido, subió directo a la habitación. Abrió el minibar. Vacío un botellín de vodka en un vaso del cuarto de baño y lo bebió de un trago. Vacío otro, pero esta vez buscó sin éxito en la neverita algo para mezclarlo. Llamó para que le subieran un par de tónicas, un vaso en condiciones y hielos. La habitación parecía más pequeña. Esperó como un león enjaulado, de un lado para otro, las paredes convertidas en barrotes. Impaciente, apuró el segundo vaso. Salió al pasillo, directo al bar, harto de esperar, pero al doblar una esquina se dio de bruces con Nerea.

La bandeja, la cubitera y las tónicas aterrizaron sin desperfectos en la moqueta; el vaso se hizo trizas. Al recoger los cristales, aún alterado, Juan se cortó. Apenas sangró, pero se apaciguó ante el apuro de Nerea. La joven recepcionista volvió a subir un cuarto de hora más tarde, recién perfumada, con una tiritita, dos vasos y toda la noche libre.

Se despertó a mediodía. Casi nunca corría en domingo, y jamás a esas horas, pero hizo una excepción. Necesitaba recapacitar, sudar los vodkas. Nerea, más joven y mucho más divertida sin uniforme, había desaparecido al alba. Le alivió no encontrársela abajo.

Trotando por Gran Vía, resacoso, intentó no pensar en el encargo, pero no se lo pudo quitar de la cabeza. ¿Debía aceptarlo? ¿O acaso ya lo había hecho, al no haber devuelto los recortes ni haber lanzado ninguna objeción a Marsé? Se fiaba de su amigo, pero ¿por qué no habían recurrido a un detective profesional? ¿Y por qué no se ocupaba del asunto el propio Marsé o alguien de su equipo?

El Retiro rebosaba de domingueros. El día, más veraniego que otoñal, era ideal para correr. Pero Torca regresó a Gran Vía desfondado.

Se detuvo, como otras veces, en el quiosco. Esta vez compró el *Marca*, *El País* y *Pueblo*. Antes de pasar por la ducha, buscó en vano a Ramón Ribeyro. No aparecía nada firmado por él. Pasó a *El País*. Diego Torres contaba que «Mourinho vivió ante el Rayo algunos de los momentos más difíciles de su tránsito por Chamartín». Otro periodista, José Sámano, apuntaba que el Madrid

estaba «en plena tempestad», hablaba de «una semana entre tinieblas» y contaba que la hinchada estaba «contrariada por las últimas turbulencias». Y eso que han ganado 6-2, pensó Torca, si llegan a perder...

Al cerrar el periódico, reparó en la fotografía de portada. «Mirando a La Moncloa», rezaba el titular. Los lectores no sólo podían ver en vaqueros y mangas de camisa a Mariano Rajoy, candidato a la presidencia del Gobierno, sino también, de fondo, difuminadas, las Cuatro Torres erigidas en la antigua ciudad deportiva del Real Madrid.

Florentino Pérez había vendido esos terrenos en 2001, durante su primera presidencia, por ochenta mil millones de las antiguas pesetas. Muchísimos euros. En menos de diez años habían levantado los edificios más altos de España y, sin duda, los más polémicos del siglo: ante la sospecha de que los treinta mil metros cuadrados se habían recalificado a un precio artificialmente elevado para beneficiar al Real Madrid, rivales como el Bayern de Múnich y el Manchester United habían denunciado un supuesto trato de favor al club blanco. La Comisión Europea había tenido que abrir una investigación. En 2004 se había archivado. Nadie había encontrado indicios de ayudas públicas ilegales al Real Madrid.

Juan Torca encontró esos y otros datos navegando con la tableta, mientras aguardaba a que le subieran un plato combinado. Luego, durante la comida, cambió de formato y hojeó las páginas del *Marca*. Leyó con detenimiento la crónica de Santiago Seguro y una página titulada «El otro partido de Florentino». ¿Era ése el otro partido al que había aludido Camilo Laforet? El deportivo contaba que ese domingo se celebraba una asam-

blea de socios para aprobar las cuentas y el presupuesto del nuevo ejercicio: quinientos millones de euros. Casi nada. Además, si hubiera tenido un rotulador rojo como Laforet o su secretaria, habría subrayado estas líneas:

Los socios deberán dar vía libre al nuevo convenio suscrito con el Ayuntamiento que haría posible la reforma del Santiago Bernabéu. El sueño del presidente es que el Madrid cuente en 2014 con el mejor estadio del mundo, pero para ello hace falta el sí de los socios. El coste del proyecto alcanzaría los 200 millones de euros, pero según el estudio que ha elaborado el club, se amortizaría en cinco años. El Bernabéu ganaría 3.500 metros cuadrados si el proyecto sale adelante, que se utilizarían para levantar un centro comercial en el lateral del Paseo de la Castellana —La Esquina del Bernabéu pasaría a manos del Ayuntamiento y será zona verde—. La renovación del estadio incluye además un techo, una carcasa con una línea arquitectónica vanguardista que envolvería todo el Bernabéu y un aparcamiento subterráneo.

En 2001 el Real Madrid había recalificado treinta mil metros cuadrados. Ahora se querían sacar de la chistera otros tres mil quinientos nada menos que en la Castellana. Sin ningún truco de magia.

Con la vista cansada y las piernas agarrotadas, Juan Torca se tumbó en la cama. Cerró los ojos. Cuando el sueño estaba a punto de vencerlo, se volvió a ver delante de una tele en blanco y negro. Su padre vivía con pasión los partidos, entre litronas y Ducados. Rodrigo también vibraba con los goles y ponía a parir a los árbitros. Recordó una conversación que había mantenido con su hijo durante el Mundial. Como no tenían nada que con-

tarse, el fútbol trataba de llenar los vacíos. Al chaval le jodía que gente incapaz de pronunciar la palabra *España* se llenara la boca poniendo por las nubes a la Roja. Entonces se acordó de Jon Izagirre, un periodista que había cubierto la actualidad de la Real Sociedad en un periódico vasco hasta que el equipo donostiarra descendió. Durante la travesía en Segunda, había trabajado en el equipo de comunicación de EuCorp. Aunque se dedicaban a quehaceres muy distintos, habían coincidido en la MSPO, una feria de armamento en Polonia. Allí se habían visto obligados a permanecer bastante tiempo juntos. Como se cayeron bien, tendieron puentes para pasar el rato. Juan, parco, le había contado cuatro batallitas, y Jon, más parlanchín, había cotilleado sobre las juergas de algunos futbolistas. Desde entonces alguna que otra vez se habían ayudado y en un par de ocasiones Torca se lo había llevado a la sociedad gastronómica.

Jon trabajaba ahora en una tele local de San Sebastián. Y no había cambiado de móvil, pero contestó sólo para decir que lo había pillado en Anoeta, cubriendo el partido de la Real, y que casi mejor que lo llamara mañana.

Al dejar el teléfono en la mesilla, volvió a ver la portada de *El País*. ¿Y si a Rajoy lo habían fotografiado ante las Cuatro Torres cuando él se hallaba en una de ellas, abrazando a Marsé y quedándose con las ganas de contemplar el rostro de la rubia? Ya sería casualidad, pensó. El martes había quedado con Marsé. ¿Estaría ella?

Nerea no era rubia. Nerea no era nadie. Sólo un consuelo. Y una complicación: ¿se habría enterado ya toda la plantilla del hotel? Tendría más o menos la edad de Rodrigo, seguro que se llevaba «superbien» con las otras

repcionistas y con otros empleados. Aunque no podía culpar al alcohol, si hubiera estado sobrio, Nerea jamás habría pisado el cuarto, Nerea no le habría sentado en la cama para ponerle la tirita, Nerea no le habría acariciado el brazo. Qué bonito nombre, *Nerea*... Sin alcohol seguiría todo igual, continuarían sonriéndose, intercambiando buenos días, buenas tardes, sólo miradas.

Definitivamente, su existencia había dado un vuelco. Adiós a la rutina y vuelta al tajo. ¿Qué pasaría a partir de ahora? ¿Y por dónde empezaba? Marsé le había citado el martes en las Cuatro Torres porque daba por hecho que iba a pasar el domingo y el lunes investigando al periodista y rastreando al topo del Madrid. El retiro cartujo había concluido.